

“Una entrevista a Victoria Ocampo y Albert Camus”

**Cristina Viñuela
Universidad Austral**

Introducción

Querer establecer una comparación entre las obras de Victoria Ocampo y Albert Camus podría resultar inadecuado, incluso forzado. Comparar exige cierta analogía en los presupuestos que permitan establecer elementos comunes y aspectos diferentes.

La producción literaria de Ocampo y Camus divergen sustancialmente. La de Ocampo discurre por el género autobiográfico y la de Camus por el ensayo, teatro y narrativa. Mientras que en Camus hay una evolución en el pensamiento y estilo, en Ocampo opera una constante, salpicada de fuertes intuiciones no desarrolladas.

Sin embargo deviene legítimo relacionar ambos autores por los intereses comunes que tuvieron. Victoria Ocampo y Albert Camus se conocieron en Nueva York en 1946. Meses más tarde volvieron a coincidir en París. Por ese entonces Camus estaba planeando su viaje a Sudamérica para brindar una serie de conferencias, viaje que se concretó en 1949. Victoria Ocampo lo invitó a hospedarse en Villa Ocampo mientras durara su estadía. Poco antes de su llegada, el régimen peronista prohibió la representación de *El malentendido*. Al parecer este gobierno temía verse reflejado en el personaje principal de otra obra teatral del autor, *Calígula*, por su forma despótica y arbitraria de ejercer el poder. Es de imaginar el disgusto por parte del escritor francés y de su anfitriona argentina. Lo cierto es que Camus renunció a disertar en público como forma de protesta por la falta de libertad de expresión.

La fuerte impresión que Camus provocó en Ocampo se ve reflejada en la carta que ésta escribió a sus hermanas Angélica y Pancha: “Comí con Camus el jueves. Es de verdad una de las mejores veladas, en realidad la mejor que pasé en París. Me parece inteligente, humano, honesto, encantador”.

Por ese entonces Victoria Ocampo, biógrafa y admiradora de Thomas Edward Lawrence, tenía entre manos el proyecto de un libro escrito por los amigos

del coronel inglés, *Lawrence by his friends*, que saliera en defensa de aspectos controversiales en torno a su figura. Camus se interesó por este tema: “Mi idea de hacer un libro sobre Lawrence (solicitar ensayos a los que están impresionados con el personaje a través de la obra y que ven en él algo que es particular de nuestra época) le gusta tanto que quiere publicarlo en Gallimard, en la colección que el dirige. Por el momento tenemos como franceses un equipo perfecto: Malraux, Camus, Caillois, quizá Bernanos, Etiemble (que tradujo admirablemente las cartas), Sartre. Buscamos a alguien en Italia, Alemania, España, Estados Unidos”.

Otro dato que manifiesta la amistad entre ambos escritores se expresa en la dedicación, por parte de Camus, de *Lluvias de Nueva York*. A su vez, Ocampo tradujo al castellano *Los poseídos*, *Calígula*, *Requiem para una reclusa*.

Una forma de relacionar el pensamiento de ambos escritores es imaginando una entrevista personal a través de preguntas, contestadas con citas textuales extraídas de las respectivas obras. Desde luego se trata de algo muy parcial y focalizado. A pesar de esta limitación y de los riesgos que entraña, el resultado de dicho diálogo aporta, en mi opinión, sugerentes reflexiones.

Se hace necesario presentar algunas características de Ocampo y Camus que contextualicen las respuestas. Es importante respetar los textos sin forzarlos a concluir ideas ajenas a las convicciones de los autores. A continuación desarrollo un breve perfil biográfico en relación a la temática planteada en las preguntas.

Victoria Ocampo (1890-1979)

Ocampo solía decir de sí misma: “nacé en las postrimerías de la *época victoriana*”. Esta breve frase encierra todo un drama que afrontó “contra viento y marea”. Nacida en una familia aristocrática y relacionada con la historia del país, destinó su gran fortuna a promover lazos culturales. Dotada de talento intelectual, literario y de una personalidad enérgica, supo romper paradigmas sociales y abrir caminos para la promoción de la mujer.

En 1930 creó la revista literaria *Sur* y, tres años más tarde, la editorial del mismo nombre. La revista cumplió cincuenta años de existencia e interrelacionó a toda América y a ésta con Europa. En el homenaje que la UNESCO le dedicó, al año de su muerte, destacadas figuras del mundo cultural, Jorge Luís Borges, Octavio Paz, Víctor Massuh entre otros, refirieron el carácter pontonero de la revista en la época difícil previa y posterior de la segunda guerra mundial. La editorial llegó a publicar más de quinientos títulos, ocupando un papel fundamental las traducciones del alemán, francés, italiano e inglés.

Ocampo fue una gran traductora. Tradujo, entre otras obras, todo el teatro de Graham Greene; *Los siete pilares de la sabiduría* y *El troquel* de Thomas Edward Lawrence; las obras ya citadas de Camus y la *Oda jubilar* de Paul Claudel, que fue el último trabajo de su vida.

Se la distinguió con numerosos premios. En la línea de lo que venimos subrayando, mencionamos el Premio María Moors-Cabot, premio otorgado por Universidad de Columbia (EEUU,1965), a periodistas y periódicos que favorecen el entendimiento, unión y amistad entre pueblos del continente. Premio Alberdi-Sarmiento concedido a quienes se distinguen por el trabajo en pro del acercamiento entre los pueblos del continente (1967). El doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de Harvard (1967) por su papel protagónico en el mundo de la literatura femenina americana.

La producción literaria de Ocampo abarca seis volúmenes de su *Autobiografía*, diez de *Testimonios*, numerosas *Epistolarios* -la mayoría aun inéditos-, algunos *Diálogos*, otras obras sueltas sobresaliendo sin duda la biografía del itinerario interior de Thomas Edward Lawrence, *338.171 T. E.*, auténtico autorretrato en el retrato biográfico del coronel inglés. Es significativo que Victoria haya elegido, como emblema de su *ex - libris*, dos pequeños puñales que se tocan en la punta, réplica de la insignia de T. E. Lawrence. Incluso llegó a usar durante muchos años un prendedor de oro con el mismo motivo.

¿Qué significado podría tener este emblema para ambos poseedores? Evidentemente tanto para T. E. Lawrence como para Ocampo fue el símbolo de una lucha por una causa de libertad. Lawrence peleó por la liberación de Arabia.

Soñaba con un Imperio Británico Asociado, formado por países libres de todas las razas, y no concebía a Arabia como una provincia más de Inglaterra. Victoria Ocampo luchó por la liberación de la mujer, especialmente en el campo cultural y literario, teniendo que afrontar todo tipo de prejuicios y formas de estrechez mental.

Dos años antes de morir, en 1977, será la primera mujer en incorporarse a la Academia Argentina de Letras. En ese mismo año, estando ya enferma promueve, en Villa Ocampo, una actividad de gran trascendencia a nivel nacional e internacional, el *Diálogo de culturas*.

Albert Camus (1913-1960)

Es sabido que la infancia y adolescencia de Camus transcurrieron entre el exaltante descubrimiento de la vida y de la naturaleza y la triste experiencia de la pobreza de bienes y de afectos. En Argelia estudió filosofía culminando estos estudios con una tesis sobre las relaciones del helenismo y el cristianismo a través de las obras de Plotino y San Agustín. En 1933 se enrola en el partido comunista y se encarga de la propaganda entre los musulmanes. Un año más tarde abandona el partido cuando los comunistas modifican su política con respecto a los árabes.

En 1957, a los cuarenta y cuatro años, recibe el Premio Nobel de literatura otorgado al conjunto de su obra que, según la Academia sueca, "ilumina los problemas que se plantean en nuestros días a la conciencia de los hombres". El escritor argelino se ha convertido en un clásico de la literatura universal por su temática y su calidad estética. Sus novelas, *-El extranjero, La peste y La caída-*, son constantemente reeditadas. Otro tanto sucede con su colección de cuentos *- El exilio y el reino-*, y sus ensayos *- El revés y el derecho, Bodas, El mito de Sísifo, El hombre rebelde, El verano-*. Las piezas teatrales *-Calígula, El malentendido, El estado de sitio, Los justos-*, se siguen representando en diversos idiomas y países.

Su última novela inconclusa, *El primer hombre*, - cuyos manuscritos se encontraron en el maletín que llevaba en el momento de fallecer en el accidente automovilístico-, se publica por primera vez en 1994. Francine Camus, su esposa,

hizo una copia dactilográfica del texto y lo entregó a Robert Gallimard y a Roger Quilliot, quienes juzgaron que no convenía publicar en ese momento aquel texto inacabado y no corregido, pues podía ser objeto de críticas insidiosas. Era una época de crisis en la vida de Camus: su mujer padecía una grave depresión; él como escritor experimentaba una fuerte aridez creativa, y los intelectuales de izquierda del grupo de la revista *Les Temps Modernes*, liderada por Sartre, le hacen vacío. Estos se habían sentido atacados por el ensayo *El hombre rebelde*, (1951) y por eso se enemistan con su antiguo camarada difundiendo la falsedad de que era un hombre intelectualmente “acabado”. Lo cierto es que Camus considera esta etapa como un paso hacia algo distinto y nuevo. Entreveía la contraparte de todo lo que le sucedía. Del sufrimiento dirá que es como un “agujero por el que entra la luz”.

A propósito de *El primer hombre*, su hija Catherine manifestó: “Es un esbozo de novela (...) totalmente autobiográfico, y tan autobiográfico que mi madre pensó que mi padre no lo hubiera publicado así. Estoy persuadida de ello: no lo hubiera publicado tal cual”. Como señala Cassagne el mayor interés de esta novela reside en el tono de examen reflexivo que nos adentra en el núcleo íntimo de las vivencias, experiencias e inquietudes del escritor, más aun que los *Carnets*, esos tres volúmenes de apuntes y reflexiones que el autor vertiera a lo largo de su vida a modo de mini-diario.

Albert Camus definió su afinidad con los católicos en términos de “interés por los mismos temas esenciales”. En 1943 explicó que era algo más que simpatía lo que experimentaba hacia ellos: “se sentía ligado porque de hecho, ellos se interesan por las mismas cosas que yo. Para ellos la solución es evidente, para mí no... Pero lo que nos interesa... es lo esencial”.

Camus siempre se sorprendió de que lo calificaran como ateo. Sin embargo, aun en la actualidad, es considerado como tal por destacados filósofos y teólogos. Cornelio Fabro reconoce que: “Camus es, entre los modernos, el escritor que con mayor seriedad ha afrontado el problema del mal. Pero partiendo de una posición atea, no puede encontrar más que el vacío y la insignificancia, por donde se lo mire”. Para Mariano Fazio con Camus la crisis de la cultura de la Modernidad

llega a uno de sus momentos paradigmáticos. Sin la referencia a la trascendencia, la vida humana cae en la opacidad absurda de un periodo de tiempo destinado a la muerte. Es interesante la apreciación que del escritor francés hace Luka Brajnovic. Descubre en él una evolución que lo va alejando de la posición de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir: “Camus buscó la salida de una situación aplastante que el hitlerismo impuso en Europa. En esta búsqueda, en la que se confundía lo erróneo y lo verdadero, lo eterno y lo absurdo, se encontró con Sartre que ya había reducido el arte a la medida de su propio pensamiento doctrinal tomando un camino sin salida. Desde lejos, esta formulación de Camus y la postura de Sartre parecían idénticas, pero una vez acercadas y comparadas, manifestaron claramente las diferencias de sus dos mentalidades casi opuestas (...) La mundología de Camus tenía muy pocos contactos con el *nuevo humanismo* de Sartre. Camus buscaba sencillamente una *felicidad natural* en lo absurdo, mejor dicho, en su atmósfera de lo absurdo. Sartre construía fríamente su filosofía del existencialismo ateo y emitía –según las exigencias y las circunstancias de su postura- una criptología político-ideológica a través de sus obras” . Inés de Cassagne, experta en la obra literaria y filosófica del escritor argelino, considera que la obra de Albert Camus constituye un desafío a la relación fe y razón donde la *duda* se convierte en el fundamento del diálogo. Sobre todo desde la nueva perspectiva que ofrece la relectura de su producción literaria a partir de la novela póstuma.

Llegados a este punto pasemos a la entrevista para luego cerrar con unas conclusiones finales.

Entrevista

Pregunta. En las últimas décadas el llamado género autobiográfico ha adquirido gran predicamento entre escritores y lectores. La crítica literaria atribuye el desarrollo de este fenómeno a la necesidad del hombre contemporáneo de encontrar caminos de redención y espejos donde mirarse. La filósofa María Zambrano considera a este género literario como un verdadero método de

conocimiento por el cual el hombre puede encontrar su rostro en los momentos graves de una cultura. Otros autores, como Philippe Ollé-Laprune, sostienen que hay una necesidad de evasión que se reflejaría en la evolución de muchas autobiografías hacia la autoficción. Héctor Biancciotti asentado en el escepticismo de no poder conocer la verdad, afirma que sólo queda el juego literario de la obra de arte que cae, necesariamente, en la superficie de la vida, en la narración de acontecimientos.

Señora Ocampo usted ha escrito su *Autobiografía* en seis volúmenes ¿Podría decirnos que la motivó a llevar a cabo esta empresa?

Victoria Ocampo. “Lo que intento escribir se parece a una confesión porque pretende ser verídica (...) Estas páginas se parecen a la confesión en tanto que intentan explorar, descifrar el misterioso dibujo que traza una vida con la precisión de un electrocardiograma. (...) No sé si fracasará mi plan porque en el arte (...) no bastan la verdad, la sinceridad, la voluntad, la perseverancia, la honestidad intelectual: hace falta talento” (...) me hubiera aliviado hablar en tercera persona de mí misma, no sólo por las ventajas que ofrece, especialmente si uno habla de sí mismo en esa *tercera-primera-persona* que son tan a menudo las novelas y cuentos), sino porque me siento, por momentos, tan lejos de cierta *mí misma* como lo puedo estar del pelo que me he cortado y barren en la peluquería, o de la uña que me limo y vuela al aire hecha polvo. Yo no soy “aquello”, lo perecedero que formó parte de mí y ya nada atiene que ver conmigo. Soy lo *otro*. Pero ¿qué?”. Un poco más adelante, en el último volumen autobiográfico volverá sobre la misma idea: “Hay dos sentimientos que me llevan a escribir estas Memorias. Una es la necesidad de alumbramiento, de confesión general: es el más importante. El otro es el deseo de tomar la delantera a posibles biografías futuras, con una autobiografía explícita Como Georges Sand yo no trato de hacer una obra de arte o una novela contando esta vida que me atormentará con sus enigmas hasta el último suspiro. Trato de liberarme. Aquí la palabra liberación es sinónima de alumbramiento. Nacer de mí misma”.

Señor Camus sus familiares más cercanos han reconocido en su novela inconclusa algo más que una novela. Ese algo más se parece a una indagación autobiográfica. Usted ha sido considerado un intelectual serio y coherente que propugnó la necesidad de vivir y asumir el absurdo. Parece contradictorio escribir un texto como *El primer hombre* donde se tiene la impresión de querer superar el sinsentido de la vida. ¿Podría explicarnos un poco este proceso?

Albert Camus. “Mi vida está justo en este instante en pleno meridiano: una puerta se cierra y otra se abre”. (...) “El día que establezca el equilibrio entre lo que soy y lo que digo, ese día quizás –apenas oso decirlo- podré construir la obra grande que sueño” “Trataré de escribir una novela directa, es decir, que no sea, como las precedentes, una especie de mito organizado. Ha de ser una educación, o su equivalente. Es algo que puede intentarse a los cuarenta y dos años...”.

Como puede observarse en ambos autores el discurso autobiográfico se impone como una necesidad de clarificación de la propia identidad, como un reencontrarse consigo mismo a través del relato de la propia vida. Los textos reflejan el esfuerzo existencial que supone llegar a las raíces de la propia intimidad, especialmente en momentos de crisis. Se trata de una ardua tarea porque interroga y silencia, angustia y serena, reprocha y aprueba, construye y desenmascara. En esos momentos de balance se proyecta una nueva luz, hasta entonces no percibida, sobre los acontecimientos vividos y los que se supone faltan por vivir. Una tarea que se presenta a la conciencia como ineludible porque compromete la mirada hacia delante como consecuencia de repasar los tiempos idos.

Se trata de textos que atrapan precisamente por ese empeño de veracidad y honestidad que en ellos se reflejan y que nos acercan al drama que, de alguna manera y en diferente medida, todo ser humano experimenta. En momentos como los actuales cuando se ha llegado a afirmar que el hombre posee una personalidad multi-opcional, sin identidad definida - hoy se es una cosa y mañana otra-, donde la vida es, conforme a esto, un juego sin fin con todas las variaciones

inimaginables, la sinceridad de estos textos cuestiona toda posible superficialidad y falta de seriedad de una vida que realmente quiera vivirse en plenitud.

Pregunta. Uno de los elementos decisivos en la cosmovisión del siglo XIX era la noción de progreso. El estallido de las dos Guerras mundiales causaron un auténtico *shock* y, como consecuencia, una fuerte conciencia de crisis cultural en toda la sociedad. Entre los intelectuales había unanimidad en constatar la crisis, diversidad en la interpretación de las causas. Poco a poco se fue consolidando un concepto de hombre cerrado a la trascendencia, autónomo, con libertad ilimitada.

Señora Ocampo en su biografía sobre Lawrence de Arabia, *T. E. 338.171*, usted se propuso seguir el desarrollo de lo que califica el *conflicto moral* íntimo del coronel inglés. En buena medida usted se identificó con ese drama en que aparece la necesidad de descubrir el sentido de la libertad. ¿Podría describirnos este proceso?

Victoria Ocampo. (Lawrence) “Necesita a los otros para verse, como Narciso necesitaba su fuente. Pero si desea ese espejo, no es para admirarse sino para conocerse, porque se conoce mal. De sí mismo no conoce otra cosa que un haz de potencias y de entidades cuyo personaje central se le escurre. En las ‘observaciones oblicuamente oídas’ sobre él, en las descripciones que se hacen de él, hasta en las fotografías, busca con avidez e inquietud al extranjero que lo habita y al cual teme. Tiene tal miedo de verse a solas con ese desconocido, que sólo se atreve a encontrarse con él delante de testigos o a través de ellos”.

Señora Ocampo, resulta revelador que hable usted de un extranjero que se lleva adentro. ¿Podría ampliar un poco más esta idea?

Victoria Ocampo. “Lo que somos, nuestro destino, nuestra razón de existir, ese comienzo y ese fin que se nos imponen de manera arbitraria, esta vida cuyo curso es imprevisible: otros tantos misterios cotidianos entre los cuales nos debatimos y cuya respuesta buscamos en ese nudo imposible de desatar, en esa maraña que es el alma. (...) Los grandes exploradores del espíritu, aquellos que,

llegados al extremo de su yo, se atreven a asomarse aún más al abismo, han conocido esta tristeza que suele conducir a la santidad o a la locura. Teresa de Ávila o Nietzsche”.

Señora Ocampo, encuentro sugerente la conclusión a la que usted llega: santidad o locura. En este proceso ¿qué papel juega la libertad?

Victoria Ocampo. “En esas vastas extensiones sin relieve (se refiere a la llanura del desierto), el centro os sigue, nos persigue, sea cual fuere la dirección de nuestros pasos. No podemos evadirnos. El centro está siempre donde estamos, tan mezclados a nosotros, cayendo tan a plomo sobre nuestras cabezas, que desaparece fuera de nosotros, como nuestra sombra al mediodía. Nosotros mismos somos el centro. Pero como si sólo fuéramos, a mediodía, la sombra de nuestra sombra: la sombra de una nada borrada por el sol. Nuestro ir y venir se siente anulado, porque el centro se desplaza con nosotros y el horizonte permanece, por consiguiente, a la misma distancia. Nos circunda y se ofrece a nosotros por todos lados, dócil y sin obstáculos aparentes. Se ofrece a nosotros para desesperarnos con su lejanía. Sin embargo, marchamos siempre hacia él, sabiéndolo fuera de nuestro alcance, negando pensamientos y miradas a todo fin menos remoto. Condenados a ese centro, en nosotros, que nos inmoviliza sin matar nuestro ímpetu; ímpetu que ninguna valla visible de montaña desalienta. La inmensidad nos cerca de un vacío lleno de partidas. Nada nos oculta; ni siquiera ese horizonte azul que pone en la tierra infranqueable su anillo de cielo. Y nosotros siempre en el centro, libres de recorrer a nuestro antojo esa extensión con su marea creciente de soledad. Libres. Pero ¿libres para qué?”.

Su respuesta toca distintos aspectos. En su descripción Thomas Edward Lawrence es un hombre que necesita de otros para conocerse. El sujeto que lleva dentro se le escurre. Cuando logra acercarse al centro no se encuentra a sí mismo; en su lugar vive un extraño. Frente a él reacciona con un doble movimiento: de huida del irreconocible que lleva dentro y al mismo tiempo de búsqueda de ese foráneo que se aloja en su interior. Queda reflejada la

experiencia del carácter misterioso que entraña la propia vida, no solo en el devenir cotidiano, sino en sus trazos más insondables. Los que se esfuerzan por penetrar el nudo del problema llegan al extremo de un abismo donde solo dos caminos son posibles: enloquecer o relacionarse con lo divino. En el centro de las decisiones se tiene experiencia de una libertad acompañada de soledad, una libertad sin sentido. *Libres ¿para qué?* Tener libertad no es suficiente, es preciso alcanzar el sentido de la misma.

Sr. Camus, sus novelas y obras de teatro están protagonizados por personajes perdidos en la vida, sin puntos de referencia fijos, que intentan asumir el absurdo como razón de su existencia. ¿Qué intenta comunicar a través de sus personajes?

Albert Camus. “No sé lo que busco, lo nombro con prudencia, me desdigo, me repito, avanzo y retrocedo. Me ordenan dar las palabras, o la palabra, de una vez por todas. Entonces me encabrito...”.

Sr. Camus, no pretendo encasillarlo en una fórmula o un momento de su itinerario, ya que su trayectoria es precisamente un avanzar retrocediendo muchas veces. Lo que me interesa es que comente su visión de los grandes temas del hombre.

Albert Camus. “El materialismo dialéctico, el determinismo absoluto, la negación total de la libertad, este mundo horroroso del coraje y del silencio, son las legítimas consecuencias de una filosofía sin Dios. En esto tiene razón Parain (Brice). Si Dios no existe, todo está permitido. Sólo el cristianismo es fuerte al respecto... Pero sus respuestas no provienen del razonamiento, sino de la mitología que pide la fe. ¿Qué hacer entre ambos? Algo en mí dice y me persuade que no puedo desprenderme de mi época sin caer en cobardía, sin aceptar ser esclavo... Sólo si fuera cristiano podría hacerlo, mediante un compromiso sincero y relativo. No siendo cristiano, debo ir hasta el final. Pero ir hasta el final significa escoger la historia en absoluto, y con ella el asesinato del hombre si lo requiere la historia... En el estado actual de cosas, si elijo hacerme violencia y creer en la

historia, mi situación será la mentira y el asesinato. Fuera de ello, la religión. Comprendo que haya quienes se arrojen a ella ciegamente para escapar a esta demencia y este desgarramiento atroz (sí, realmente atroz). Pero no puedo hacerlo”.

Sr. Camus, sus palabras confrontan fuertemente al cristianismo. Más de un intelectual cristiano podría sentirse agredido al afirmar usted que para entregarse a la fe hay que renunciar a la razón. ¿No le parece demasiado extrema su afirmación?

Albert Camus. “Quiero declarar que, no sintiéndome en posesión de ninguna verdad absoluta ni de ningún mensaje, no partiré jamás del principio de que la verdad cristiana es ilusoria, sino solamente del hecho de que no he podido entrar en ella”.

Sr. Camus. Muchos intelectuales contemporáneos ven en usted un pensador del que se puede aprender mucho. Ha sabido plantear y confrontar con seriedad el teísmo y el ateísmo. Existe también la convicción de que se está en una verdadera encrucijada y que es difícil acertar con una vía que abra nuevos horizontes. ¿Que camino sugeriría usted para avanzar hacia una salida humana y humanizante?

Albert Camus. “El mundo de hoy tiene necesidad de verdadero diálogo, que lo contrario del diálogo son tanto la mentira como el silencio, y que no hay diálogo posible entre aquellos que se mantienen en lo que son y que hablan con verdad (...) Ha comenzado un gran combate desigual entre las fuerzas del terror y las fuerzas del diálogo. Sobre el resultado de este combate sólo me hago ilusiones razonables; pero creo que hay que llevarlo adelante y sé al menos que hay hombres decididos a ello. Sólo temo que se sientan un poco solos... La perspectiva del mañana es la ciudad del diálogo, o bien el asesinato de los testigos del diálogo (...) Podría ser que el cristianismo responda con la negativa... pero podría ser que se deje arrancar definitivamente la virtud de la rebeldía y la

indignación que le pertenecieron en tiempos ya lejanos. Si así fuese, los cristianos vivirán pero morirá el cristianismo”.

Sr. Camus sus respuestas -a pesar de la gravedad de lo que denuncia-, dan luz e incentivan al diálogo. Motivan al esfuerzo por encontrar las formas de salvar al hombre de la *catástrofe antropológica* en que se encuentra, como algunos filósofos han calificado el momento actual. En mi opinión su obra literaria anuncia proféticamente y denuncia al mismo tiempo, un tipo de hombre que, cerrado a la trascendencia, se ha ido degradando en su humanidad. Sus personajes de papel anticipan ese hombre de hoy que no sólo ha perdido sensibilidad ante la injusticia –en sus códigos no figura la distinción entre lo bueno y lo malo- sino que ha perdido también la sensibilidad para percibir la crueldad con la que se mueve haciendo inhóspito el mundo en que vivimos.

Me interesaría concluir esta breve entrevista con una reflexión. Estamos frente a dos escritores caracterizados por el amor a la verdad y el esfuerzo por alcanzarla. Esta *búsqueda* ha sido una constante que les permitido superar incomprendiones y críticas, tantas veces poco nobles. Sobresale una actitud tal que ha hecho de ellos personas honestas, con afán de contribuir a alcanzar alguna luz sobre el misterio del hombre.

A su vez han puesto el acento en la necesidad del *diálogo* como camino irremplazable para el entendimiento y la convivencia entre los seres humanos. Frente a la complejidad del mundo cultural donde concurre una polifonía de voces creyentes, dudantes, perplejas, ateas, agnósticas, lejanas, indiferentes... estos escritores ensayan decir lo humano y lo divino en sus conflictos y en sus armonías, con sus oscuridades y sus claridades.

Para terminar me queda expresar el agradecimiento a estos autores. Este ejercicio de la entrevista, con los límites que conlleva –digámoslo una vez más- interpela al propio pensamiento y nos aleja de la superficialidad con la que tantas veces pretendemos evadirnos de la realidad más cotidiana.

A Victoria Ocampo le agradezco que se haya empeñado por traer a Albert Camus a La Argentina. Ocampo se caracterizó por convocar el talento aunque no coincidiera con sus convicciones. Vivía abierta al diálogo. Y el diálogo da siempre fruto. A usted Albert Camus por saber vivir la vida con tanta intensidad. Como dijo Augusto del Noce: “¡El problema del ateísmo es el problema de hoy! Camus está entre los poquísimos pensadores de postguerra de quienes se pude aprender verdaderamente, por más que su itinerario haya quedado interrumpido”.